

## Palabras del maestro Guillermo F. Margadant

Evidentemente agradezco a nuestro Director, al H. Consejo Técnico de esta Facultad, a mis colegas eméritos y a ustedes todos la bonita y cordial ceremonia que me acaban de dedicar.

En forma especial agradezco al Director su discurso de tanta altura académica, y a la doctora Sara Bialostosky sus palabras tan personales y graciosas. Como Sara es de las pocas personas que tienen un acceso ilimitado a mi archivo personal, le ha sido posible basar sus palabras en varias pequeñas indiscreciones y extravagancias mías. Ella sabe que es la única persona que puede hacerme esto con impunidad.

Les estoy agradecido a todos por varias razones:

Los excolaboradores del presidente Reagan, después de su régimen, contaron a la prensa que después de las sesiones de puerta cerrada, en la Casa Blanca, a veces comentaron:

*¿Ya lo has notado? Si alguien dice una palabra determinada (como por ejemplo globalización), el Presidente siempre nos cuenta el chiste número 17; ¡y todos a reírse espontáneamente!...*

Los que me conocen saben que yo también tengo ciertos caminitos rutinarios en el cerebro, que mis amigos tienen que aguantar. Voy a decirles que les estoy agradecido porque esta ceremonia sirve para

mi ego, para mi vanidad, y mis amigos ya saben que si la palabra “vanidad” cruza mi conversación, inevitablemente citaré un versículo de Alexander Pope, el gran poeta británico del siglo XVIII (una época que tanto admiro).

Pope dice al respecto (y primero lo diré en español):

A menudo nos enseñan en la escuela  
que la vanidad es el alimento de los imbéciles:  
sin embargo, nosotros, gente dedicada al espíritu  
a veces nos rebajamos para tomar una probadita...

It`s often taught in our schools  
That Vanity is the food of fools:  
yet, now and then, we, men of wit,  
will condescend to taste a bit.

Supongo, y espero, que esto fue un aplauso póstumo para Alexander Pope, aquel erudito y sarcástico jorobadito, gran artesano de la palabra.

Si recuerdo cómo llegué a México hace medio siglo, sin conocer a nadie, y si ahora veo delante y alrededor de mí a tantas personas de primera calidad –que a menudo son grandes amigos personales– esto es algo que me llena de orgullo.

No voy a mencionar nombres, pero si los mencionara, probablemente comenzaría con agradecer su asistencia a los ex directores de esta Facultad, mis grandes amigos, el doctor Dávalos y el doctor Acosta Romero. También noto unas lamentables ausencias.

En primer lugar la del doctor Pedro Astudillo, que hace unos días tuvo un problema cardíaco y está internado.

Durante los años que colaboré a su lado como Secretario Académico, llegué a apreciarlo sinceramente por su bondad, su llamativa honradez y su fino sentido de humor. Le mando mis mejores deseos.

Además, por razones de trabajo, no pudieron asistir mis íntimos amigos los doctores Guillermo López-Portillo y su esposa Aurora. Llevamos una excelente amistad desde antes del régimen López-Portillista.

Guillermo es una verdadera personalidad original en esta Facultad, un hombre no adocenado, todo lo contrario, pero toda su alma gira alrededor de un corazón de oro, y su matrimonio con Aurora es una de las tres buenas uniones que conozco en esta Facultad, siendo las otras la de Irma con el doctor Fernando Flores García, y la de Emma con el doctor Dávalos.

A lo anterior se junta otra razón de gratitud: aquí está presente mi prolongación en el tiempo, mi nieto Nahim González-Margadant, alumno de esta Facultad, en el 8° semestre de Derecho, con muy buenas calificaciones. Ya ha comenzado a construir un digno currículum vitae, y espero que lo apoye en sus esfuerzos el hecho de sentir una firme tradición académico-jurídica, a través de su apellido, mediante las aulas, bibliotecas y otras instituciones que llevan mi nombre y homenajes como el presente.

Pero sobre todo estoy agradecido por lo siguiente. La medalla que acabo de recibir se otorga, no por *investigación*, sino por *docencia* (aunque reconozco inmediatamente que es la alegría que da la investigación, la que siempre mejora la calidad de la enseñanza: no son campos estrictamente separados).

Ahora bien: he dado un carácter un poco especial a mi forma de enseñar, un carácter con el que no todo el mundo está de acuerdo.

Considero que ningún curso, y ninguna clase, deben repetir lo que el alumno de todos modos puede encontrar en su libro de texto (es que todos los alumnos saben leer).

Al comienzo de mi curso ofrezco a los estudiantes un rápido panorama de los mejores libros de texto que pueden encontrar en nuestra Biblioteca Caso (actualmente dirigida por mi gran amiga Elsa Bieler); ella procura que los alumnos puedan encontrar en dicha biblioteca varios ejemplares de las últimas ediciones de las mejores obras de texto, para que no tengan que comprar tantos libros (sin embargo, siempre sería conveniente que cada alumno tenga de cada materia cuando menos un buen libro propio, para poder subrayar lo esencial y poner observaciones marginales).

El libro de texto más recomendado por el maestro debe conocerse por el alumno con bastante detalle.



Además, al comienzo del curso reparto 45 preguntas para el examen escrito, final. Estas preguntas, en conjunto, cubren todo el temario oficial. El examen final, siempre escrito, consistirá en seis de estas preguntas, de las cuales sólo cinco deben contestarse: el alumno tiene derecho de eliminar la pregunta más antipática (es que nadie puede recordar todos los detalles de la compleja materia histórico-dogmática como es, el Derecho Romano, y en la vieja Europa se dijo:

Un loco puede preguntar más de lo que siete sabios pueden contestar...

Así desde el comienzo del curso el alumno conoce las preguntas del examen y tiene una idea de los libros que pueden proporcionarle las respuestas.

Entonces ¿para qué sirven las clases?

En primer lugar, si el alumno se siente atorado para ciertos temas en la clase puede pedir al maestro que le aclare los puntos dudosos; y el maestro debe tener el sentido de responsabilidad de confesar a veces, en relación con algunas preguntas importantes y difíciles, que él mismo tendrá que preparar la contestación, que presentará en la próxima clase.

Pero la clase sirve, sobre todo, para que el maestro haga *circum-ambulatio* del tema.

Hace 40 años, en mi tesis doctoral (que la UNAM después publicó como libro), expliqué este concepto de una *circum-ambulatio*, o sea un paseo alrededor del tema del día, colocándose éste bajo las candelas de disciplinas como la sociología jurídica, la politología, la filosofía del derecho, la economía, la historia, u otra rama auxiliar de nuestra ciencia, a la cual el tema se preste.

Además, la clase sirve para que el maestro aclare ciertos temas abstractos mediante ejemplos concretos tomados del *Corpus iuris* mismo, o de la *Segunda vida del Derecho Romano*, o de la vida forense mexicana moderna, e inclusive del derecho comparado.

En eso consisten las *digresiones* que caracterizan mi forma de enseñanza, y que muchos alumnos critican. Ellos prefieren a menu-

do que el maestro mastique para ellos la materia del libro de texto, como las golondrinas que mastican los gusanos antes de pasarlos a las bocas de su hambrienta prole. Algunos alumnos quieren que los llevemos en nuestras espaldas, en cómodas butacas, hacia las cúspides del Helicón o del Parnaso. Pero si es así, ¿que busquen a otro maestro! Yo no estoy dispuesto a hacerles este favor antipedagógico.

Por lo tanto, interpreto el otorgamiento de esta medalla como una especie de aval que se da a mi método de enseñanza.

Por todas estas razones, les estoy sinceramente agradecido por su presencia, sobre todo por saber que muchos de ustedes son personas sobrecargadas de tareas importantes, para quienes la presencia a este cordial evento ha sido un verdadero sacrificio.

*¡Mil gracias!*